

CARA

Por IGNACIO AGUSTI

Y CRUZ

vagones con muertos

En la impresionante novela de Khushwant Singh "Tren para el Pakistán", se nos hace viva la lucha sangrienta que emprendieron el Hindustán y el Pakistán tan pronto como les fue concedida la separación y obtuvieron la independencia. Leimos este libro hace ya años, a raíz de su publicación, y nos sobrecogió un relato dramático que era a la vez un documento y que nos ilustraba sobre ciertos hechos, con un vigor que no obtendrían las narraciones periodísticas. Desde hacia siglos, en la India, los hindúes y los "sikhs" vivían en paz, unos junto a otros. En 1947, el proyecto de partición del país en India hindú y Pakistán mahometano desata episodios sangrientos. Se origina a través del país un éxodo fabuloso, probablemente el más grande de la Historia. "Sikhs" e hindúes abandonan sus bienes y huyen, unos al Este, otros al Oeste, a pie, en camiones, en carromatos tirados por bueyes o en trenes sobrecargados de seres humanos.

En el curso de aquel verano, los fugitivos se cuentan por millones y parece que en aquellas fechas más de un millón de seres humanos de este éxodo ha perecido ya. La novela relata este éxodo grandioso, centrando la acción en un villorrio llamado Mano-Majra. Allí arriban dos trenes, sólo cargados de cadáveres. La pestilencia y el horror de estas expediciones parecen flotar en el aire, entenebrecen la atmósfera y sobrecargan el ánimo del lector, que asiste espantado a un espectáculo horrendo y abominable. El cargamento del primer tren es incinerado allí mismo y el del segundo es vaciado en fosas abiertas por la misma población. Se espera la llegada de un tercer tren cargado de musulmanes evacuados, a los que un jefe local aguarda para sacrificarlos allí mismo.

El áspero fresco con que nos regala el novelista tiene a veces luces y sombras alucinantes; y, desde luego, nos dejó una imagen imborrable de la inmensa tragedia que asoló aquellas tierras en los días siguientes a la segunda guerra mundial. La partición del país se hizo a la sazón sólo a medias. La solución teórica de segregar a las dos poblaciones, la musulmana y la hindú, en regiones separadas, podía haber solucionado un problema en caso de que hubiera podido ser llevada a término de un modo cabal. Pero, ¿cómo podía ser así, cuando lo que se maneja son centenares de millones de seres humanos? A la hora del balance, tras el tráfico humano realizado en pocos meses, aún quedaban más de cincuenta y un millones de musulmanes en territorio indio y diez millones de hindúes en el Pakistán oriental. Se elaboró una paz a toda prisa, una paz que no era más que un armisticio o un alto el fuego en Cachemira y el problema quedó sobre el tapete sin solucionar. Ahora, tras dieciocho años de silencio y de escaramuzas, la guerra ha estallado.

Los sucesos que constituyen el contenido y la acción de la novela de Khushwant Singh fueron entonces como una revelación, como el estallido de un volcán o la explosión inesperada de una bomba. Por qué la India había pasado los últimos treinta años en un "baño de María" de predicaciones, en una melopea de frases que postulaban la no violencia y la convivencia de musulmanes e hindúes. Naturalmente que estallaban aquí y allí algunos brotes de hostilidad, pero éstos eran imputados a una sagaz y

malévola política británica, interesada, según se decía, en mantener un equilibrio entre las dos masas de la población para su solo provecho. Se decía que, en cuanto se fueran los ingleses, la santa paz reinaría en aquellos lugares. Gandhi se había constituido en la figura y en el símbolo de la expansión pacifista y en paradigma de la no agresión. Gandhi fue una de las figuras sustanciales de este periodo de entreguerras que preludiaba una paz definitiva, en la India como en el resto del mundo. En lugar de aquellos caldos tuvimos estos nabos. Gandhi fue asesinado a cuchilladas un día, el último de enero de 1948. Fue asesinado precisamente por un nacionalista hindú, probablemente uno de esos "parias" cuya condición no borran en la India ni la libertad, ni la O. N. U., ni la independencia. Con el asesinato terminaba un sueño literario llamado Gandhi, apóstol de la libertad sin violencia, campeón de las huelgas del hambre y santo esquelético sobre cuyas espaldas se apoyaba la filosofía y la religión de un pueblo, cruzado por dentro por el espíritu de la violencia y de la no resignación a una suerte maldita.

Gandhi no podía asumir semejante carga. No podía limpiar en su Ganges intelectual toda la podredumbre y la miseria histórica de una raza con centenares de pueblos contradictorios, excitables y sangrientamente quisquillosos. La filosofía de Gandhi no era hindú. Era la trasposición al espíritu hindú de los postulados benéficos y filantrópicos que había reinstaurado en el mundo finisecular un escritor, el novelista ruso Leon Tolstói. La Arcadia pedagógica de Tolstói en Iasnaja Poliana había sido visitada por Gandhi, que había sacado de ella teorías que creyó poder aplicar al enorme universo de su patria, la India. Semejante seducción produjo de retope su ética filosófica en otros nombres occidentales, por ejemplo, Romain Rolland. A esta "indefensión" como medio de ataque se sumaron muchos pacifistas e intelectuales de aquel tiempo. La misma acción de Arthur Schweitzer, recientemente fallecido en su hospital de Gabón, arranca también de la actitud apostólica, pero incongruente, del gran Tolstói. Pero por debajo de la actitud de Gandhi permanecía la realidad de un país que no podía en modo alguno asumir las condiciones del nacionalismo entendido a la europea o a la occidental. Contra este plan se habían revuelto tiempo atrás el más insigne hindú de la Historia contemporánea: Rabindranath Tagore. Lo primero que hacía la India al adquirir su libertad era asesinar al Mesías de esta libertad: matar a Gandhi.

Aquel es un terreno demasiado vasto y movedizo para que se pueda decidir con un plumazo el albur de la historia. Pese a la aceptación pública y oficial del sistema democrático y a la gestión de una minoría empapada de los principios de Eton o de Cambridge, lo que prevalece en la India son las cuatro divisiones fundamentales de castas, consideradas allí como naturales y eternas, de acuerdo, en lo esencial, con el antiquísimo código de Manú. Más que la economía o que la política, lo que impulsa a la India es la fe, una fe religiosa fanática e irreversible, que está en contradicción con los postulados del mundo occidental. Las luchas no se verifican allí por disputas económicas o de orden político, sino porque un musulmán no renuncie a la ingestión pública de su carne de vaca o porque un hindú pasee delante de una mezquita entonando canciones que turban el silencio con que el musulmán necesita rodearse para rezar. De estas luchas domésticas y feroces pueden salir un día, cuando las bayonetas de los colonizadores ya no existen, cuando la literatura de Kipling o las páginas de Somerset Maugham son historia literaria, vagones cargados de muertos, como en la novela de Khushwant Singh.